

## Puro presente

*Griselda Zuffi*

Hood College

Nora Strejilevich. *Un día, allá por el fin del mundo*. Santiago de Chile: LOM, 2019. 294 pp. ISBN 978-956-00-1147-3

En su ensayo *Lugar del testigo. Escritura y memoria* (2019) Strejilevich argumenta que el testigo no puede quedarse sin decir el horror porque sabe que “el exilio más radical que producen los campos es el del lenguaje: la imposibilidad de decir la huella del horror. Por eso es crucial el esfuerzo de narrar(nos)”. En *Un día, allá por el fin del mundo* la autora lleva a buen fin ese esfuerzo.

Esta última novela de la autora es, además de una intensa narración de lo que significa irse en el exilio, un lugar donde acobijar a los que fueron despojados de su vida. En el país que expulsa y devora a sus hijos e hijas, la narradora arma su relato amoroso: “A Gerardo, siempre”. Avanza y se detiene, tropieza en los viajes, va y viene no importa donde esté en el mapa para cerrar el recorrido con un objeto preciado, una servilleta de algún café con un dibujo del rostro de su hermano que nos recuerda las fotos en blanco y negro de lxs desaparecidxs en las marchas. No es casual que el título del último capítulo lleva el mismo título del libro. La imagen de Gerardo era un dibujo de Graciela Barroca (también detenida desaparecida en el 77) pareja de su hermano. Un comienzo y cierre de un narrar(nos) en presente, recorriendo con pasos inquietos y frágiles cuando tuvo que irse en 1977 después de su propio secuestro y reaparición. El andar de nómada de ciudad en ciudad nos invita a seguirla de cerca y a medida que avanza o retrocede en el tiempo entramos sosegados a sus notas de viaje en el que se abre al pasado mientras ella sigue en tránsito, sin poder anclar el pie. ¿Cómo habitar el mundo después de la tortura, desaparición y muerte? Strejilevich, filósofa, escritora, lectora voraz, y exiliada siempre resiste a estar en un lugar nuevo de “refugiada”.

En *Un día allá por el fin del mundo* como lectores vivimos la zozobra de sus pasos, “siempre los pies en una punta y la cabeza en otra, dos polos sin eje de rotación” (15). El libro consta de seis capítulos que nos llevan a distintas ciudades, pueblos, barrios con sucesivas llegadas (idas y venidas) porque el tiempo es movido por el recuerdo hecho presente a través de los objetos y sus notas de viaje. Ciertos pasajes tienen fecha y lugar, otros son conceptuales como en “Los fantasmas vivimos así” y “Frankenstein”, pero en cada lugar que llega hay un aire de rareza, mezcla de rememoración y continuidad del

tiempo. Ese lugar espectral entre duelo y ausencia latente, siempre paradójico y dislocado, se teje junto a las representaciones paradigmáticas del desaparecido, junto a las siluetas, las fotos y las baldosas, las marcas y huellas de la memoria. El exilio o el estar en ningún lugar es un acto de resistencia. Hay que “irse” para sobrevivir, pero se resiste a avanzar sin los otros, los suyos, sus muertos. Se niega. Se los lleva con ella, retarda su regreso del exilio porque quiere retardar la muerte que se viene. Ella sigue errante porque al anclar el pie se aviene el duelo. No puede prever el suicidio de su padre. No llega a tiempo. Le queda irse desde el único lugar posible estar junto a su padre y los que no están, la escritura. No son fantasmas. Aparecen las conversaciones con su madre, se intercalan en los itinerarios errantes los dibujos de su padre, y la acompaña el humor del absurdo y de su propio desajuste con la realidad, esa topografía nueva y distinta disociada de su ser. Busca en sucesivos viajes un único camino en donde no exista la pérdida. Y ese costal de la vida solo se puede revertir detener en la literatura.

Vivir en tránsito por países, con sus cuadernos a cuestas para no abandonar “esa geografía cósmica llamada intimidad”, se aferra a un país fuera del mapa (14). Desde Canadá, la Argentina parece “un mundo odnum, al vesre” (15). La escritura es lo que permite elaborar la vida en simultáneo entre la muerte y lo cotidiano del vivir. Salta con pasos inquietos la mayoría de las veces, tomándose el pelo, en el absurdo de lo que sucede, sus olvidos, su demora en la toma de una decisión, estar o sentir que la vida en tránsito es un azar que se vincula con los afectos de los que no están.

De Israel a Grecia, de Grecia a Inglaterra, de Inglaterra a Italia, de Italia a España de España a Francia, de Francia a Brasil, de Brasil a Canadá. Los lugares se mueven. Su estar en perpetuo movimiento va armando destinos como si desde la terminal del aeropuerto tirara dardos magnéticos. Donde cae, mira y dispara. Porque donde vaya “le aterra la continuidad como la falta de ella” (50). Los lenguajes se mudan a la velocidad de los recuerdos, empujando los límites de ese espacio geográfico al que intenta llegar: “titubeando entre espacios y tiempos, siempre en puntas de pie para no pisar ninguna mano, ninguna cara, ninguna piel de mi colección de siluetas que se deshojan por el camino (10).

La demora en cada lugar de exilio es de algún modo el deseo de detener el viaje hacia el Padre, en sucesivas paradas donde el paisaje se vuelve peso: de pronto quiere irse la asfixia el circuito donde se mueve. Revela la intimidad del pensamiento volcada en cuadernos que va llevando las marcas de las vivencias desde donde está y así vuelve el pasado en un presente. Intenta incorporar todo lo sucedido sabiendo que es imposible. Es como si necesitara perderse antes de llegar. En su dilatado peregrinaje para ir a ver al padre pasan cosas, siempre complicadas, en Colombia, Bolivia, Brasil, hasta que finalmente ancla en Argentina, en el dilatado encuentro con su Padre. Ahora en la llegada es testigo de un padre que hace tiempo dejó de ser León y no puede conciliar la distancia y lo inminente.

Strejilevich busca los dibujos de su padre para recuperar la belleza, el goce que tenía León hasta que le arrebataron a sus hijos. Busca habitar el exilio porque los “fantasmas vivimos así”, sin perder la memoria, haciendo el esfuerzo de traer al presente en la escritura cuaderno-diario de viaje-testimonio- el duelo de lo que se resiste a perder. Por eso, no solo la escritura lleva la trama del pasado-presente. Strejilevich aparece también en marchas y en esas marchas, un día 24 de marzo de 1987, ve en una pancarta los nombres de su hermano

y de su novia, desaparecidos en el 77, y se pliega a ellos llevando la pancarta también. El azar hace que en cada nuevo punto del mapa se encuentre con los seres que ama.

A veces nuestra mirada se empaña y caemos con ella, la narradora, en el agujero de los pasos inevitables. Otras veces el mundo al “vesre” provoca risa como los trapiés de la vida que con el traspaso de años ya no nos ruborizan. Strejilevich ansía la fuga, pero también la calma que encuentra en la memoria viva de esa familia diezmada en la catástrofe.